

Número 6. Julio / agosto / septiembre 2025

Revista literaria argentina

Migrante

Equipo

Melina Grieco

Adapta libros en la Asociación Tiflonexos. Estudiante de Edición en la Universidad de Buenos Aires. Nació y creció en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Lucas Alcalde

Redactor de libros escolares. Estudiante de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Nació y creció en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Amber Giles

Ilustradora recibida de la Universidad de Palermo. Nació en Río de Janeiro, Brasil, y se mudó de pequeña a Mar del Plata, Argentina. Trabaja de lo que más le apasiona: dibujar.

Índice

Editorial

Cuento. «La novia del muerto», de Juana Manuela Gorriti

Cuento. «A la deriva», de Horacio Quiroga

Cuento. «Misa de las cabras», de David Emanuel Saade

Cuento. «No te esfuerces tanto, Santos», de Graciela Melina Cabo

Entrevista

Reseña. *El mal menor*, de C. E. Feiling

Reseña. *Las esferas invisibles*, de Diego Muzzio

Reseña de una película. *El escuerzo*, de Augusto Sinay

Novedades editoriales de julio, agosto y septiembre 2025

Editorial

Por Lucas Alcalde, estudiante de Letras (UBA).

El terror es multiforme y no se trata solo de generar sensaciones corporales. Lo sobrenatural lo define, pero solo parcialmente. El animal en la naturaleza indómita, la enfermedad o el mismo hombre, tantas veces lobo de sí mismo, han logrado tributar tanto a lo abyecto como las quimeras más monstruosas y espectrales de la imaginación humana.

Para sus fines, lo horroroso puede acaparar grandes trechos de una narración y valerse de descripciones profundamente repulsivas y deformantes, pero tantas otras encuentra su mayor truculencia en un breve pasaje de palabras más bien tersas.

El terror, así descrito y entendido más como tópico que como género literario, es el objetivo de este número. En *El mal menor*, de Feiling, encontrarán los temores encarnados en lo meramente sobrenatural, pero en otros textos verán su multiformidad. En la pandemia porteña de *Las esferas invisibles* o la epidemia pueblerina de «No te esfuerces tanto, Santos» serán la enfermedad; luego, serán los animales reales —la serpiente venenosa— o legendarios e inventados —el escuerzo maldito y las cabras bicéfalas—. Y el instante acotado pero contundente de lo siniestro en formas puramente humanas también tendrá su lugar en esta entrega con Juana Gorriti. De ella los invitamos a leer *Sueños y realidades*, porque allí vimos piezas donde lo maligno y lo perverso se presentan de un modo tanto más visceral que en su cuento aquí elegido: «La novia del muerto».

La imagen que logramos es extensa, pero no completa. Aunque no tiene su lugar en este número, queremos reconocer el aporte de «El matadero», ícono decimonónico, a esta conversación e invitarlos a explorar más profundamente el extenso terror social y político de este siglo, que apenas tuvo lugar en este número pero es igualmente valioso.

Cuento. «La novia del muerto», de Juana Manuela Gorriti

Publicado en *Sueños y realidades* (Imprenta de Mayo, 1865).

A mi querido amigo Vicente G. Quesada

I.

En la deliciosa región que se extiende¹ desde el confín boliviano hasta la línea patagónica, al centro de una comarca donde se hallan reunidas todas las bellezas de la creación, sobre una llanura surcada de cristalinas fuentes y perdida como el nido de una ave entre rosas y jazmines, álzase² una ciudad de aspecto oriental. Sus blancas cúpulas se dibujan con primor sobre el verde oscuro de los bosques de naranjos que la circundan, cautivando³ las miradas del viajero que la contempla á lo lejos⁴. Sus caminos son avenidas de flores; su aire es tibio y fragante; sus días una irradiación de oro y azul; sus noches serenas, estrelladas, pobladas de música y de amorosos cantares. Quien una vez la haya habitado no la olvida jamás; y si un día volviera á ella, aunque Dios hubiera quitado la luz á sus ojos, al aspirar su perfumada atmósfera exclamará:

—¡Tucumán!

Predestinada á grandes acontecimientos, su recinto ha sido el teatro de nuestras glorias y de nuestros infortunios. Allí el primer Congreso⁵ americano declaró nuestra independencia, y allí comenzamos á llamarnos libres. Allí por vez primera desgarramos el fundón del despotismo, y por vez primera el valor americano postró á sus pies á los leones de Castilla. Allí la hidra de la guerra civil produjo los más horribles monstruos y los más nobles héroes. Allí el caudillo del vandalaje, el sanguinario Tigre de los Llanos, seguido de sus salvajes hordas descendió un día de las agrestes cumbres de los Andes, y cayendo de súbito

¹ En todos los casos decidimos conservar *s* en lugar de la *x*. (N. del E.)

² Permanecen todos los clíticos pospuestos del original. (N. del E.)

³ Preservamos todos los gerundios del original. (N. del E.)

⁴ Actualizamos a la norma actual las tildes en las clases de palabras abiertas (verbos, sustantivos, adjetivos y adverbios), pero conservamos la acentuación gráfica original en las clases de palabras cerradas: por eso encontrarán conjunciones y preposiciones (*á, ó, é, ú*) con acento gráfico. (N. del E.)

⁵ Procuramos mantener la mayor cantidad posible de mayúsculas originales. Esto incluye las mayúsculas con función literaria, incluso cuando la normativa actual dice que son incorrectas. (N. del E.)

sobre el Ejército nacional adormecido en las delicias de aquella nueva Capua⁶, hizo de él una inmensa hecatombe.

Imagen del Edén, el Bien y el Mal, aspirando á poseerla, sostienen allí perpetua lucha. ¿Cuál triunfará?

II.

Hacia tiempo que el horizonte político del Plata se oscurecía cada día más. Los héroes de Ituzaingó, reunidos en torno al celeste pendón de la patria, oponían en vano los esfuerzos de su denuedo á las bárbaras falanges que, invocando un principio desorganizador, escandalizaban al mundo con las atrocidades de una guerra fratricida. Las jornadas de la Tablada y Oncativo fueron seguidas de crueles reveses, y el general Paz, víctima de una casualidad fatal á la causa⁷ del orden, había caído embolado su caballo en manos de los enemigos y yacía cautivo en las cárceles de Santa Fe.

El Ejército nacional que mandaba, y del que era el alma, privado de su jefe, emprendió una retirada imponente como la del Beresina⁸ y desastrosa como ella; los prodigios del valor del héroe⁹ que la mandaba no pudieron impedir que fuera una derrota.

Llegado á Tucumán, el ejército se dió un nuevo jefe: el noble y valiente Alvarado. Noble y valiente, sí, pero desgraciado y de funesto agüero para los ejércitos que han combatido á sus órdenes.

Sin embargo, hábil, estratégico y profundamente versado en el arte de la guerra, al asumir aquella tremenda responsabilidad, midió de una sola ojeada la situación; descubrió sus peligros, calculó sus ventajas. Él, que tenía la fatal experiencia de las retiradas, pesó los resultados de esta, y resolvió detenerla, fortificarse y esperar al enemigo en esa posición que en otro tiempo y en iguales circunstancias había dado el triunfo al inmortal Belgrano.

Formó cuarteles, pasó revista á las tropas, reforzó su número, improvisó armamentos y pidió auxilios á las provincias vecinas, todo esto con la decisión instantánea y rápida que distingue á los grandes capitanes. En aquella lucha formidable con el destino, Alvarado nada olvidó. No le faltó su genio: como siempre, faltóle su estrella.

⁶ En la Antigüedad, una de las ciudades más prósperas de la Península Itálica, que por un tiempo compitió en riqueza con Roma (N. del E.)

⁷ *Á* tiene el valor de *para*: *para la causa del orden*. El texto conservará las preposiciones originales, también cuando ello resulte en construcciones arcaizantes, como en este caso. (N. del E.)

⁸ A las orillas del río Berézina (aquí Beresina), actual Bielorrusia, el Ejército francés emprendió una de las retiradas más caudalosas y esforzadas de las Guerras Napoleónicas. (N. del E.)

⁹ Es el general Lamadrid.

III.

La primavera tendía sus verdes guirnaldas sobre la ciudad convertida en campamento. El acre perfume de los retoños circulaba en la brisa, los cantos de la calandria y del ruiseñor se mezclaban á la voz de los clarines, y el estrépito fragoroso de las armas no era bastante á ahogar los armoniosos susurros de aquella hermosa naturaleza.

¡La primavera de Tucumán!, es decir, torrentes de luz y de perfumes, cielo azul orlado de nacarados celajes, vergeles poblados de flores, mujeres bellísimas cuyos ojos resplandecen como fulgorosas estrellas; todo, en fin, lo que puede convidar al deleite y al olvido. Así, los guerreros del ejército unitario en ese alto¹⁰ de un día, entregaron su alma á todas las ilusiones de una eternidad de amor.

Octubre había dejado su último sol en los dorados pétalos de las retamas, sin que nadie viniese á inquietar al ejército en aquella deliciosa etapa. Sin embargo, las gentes supersticiosas interrogaban á las rojas lontananzas del ocaso, y moviendo la cabeza como el profeta, exclamaban: «¡Sangre, sangre!»

Pero á esos siniestros augurios, las bandas del ejército respondían con festivas cuadrillas que las hijas de Tucumán danzaban bajo las enramadas de jazmines, con esa alegría estraña que precede á las catástrofes.

IV.

Un día, tres de noviembre al anochecer, dos muchachas risueñas turbulentamente recostadas en el alféizar de una ventana.

—¡Emilia! —gritó de pronto una de ellas—, ¡ahí viene el hermoso Ravelo! Ven á prisa. Que hoy monta al moro veloz, el que deja atrás al viento.

—He prometido no verlo —respondió una voz con la ondulación de un suspiro.

—¿Y quién pudo exigir de tí esa costosa promesa?

—Mi tutor.

—¡Bah! ¿Qué le importa á ese vejestorio que tú veas á Ravelo? ¿Está celoso, quizá?

—Dice que es culpable esa complacencia en la vista de un hombre que no ha de amarme jamás.

—¡Qué sabrá él! ¡Ya quisiera ver yo que me viniesen con tal prohibición! No, señor, nada menos que dejarme robar la dicha de contemplar esa apostura, y sobre todo, esos ojos negros de mirada soberana...

¡Ah! Emilia, ¡qué bello es! Escucha al menos los pasos de su caballo —añadió la traviesa, sonriendo con malicia y bajando la voz porque aquel de quien hablaba pasó en ese momento ante ellas.

¹⁰ Aquí, pausa o descanso. (N. del E.)

En efecto, el hombre que así llamaba la atención de aquellas niñas era un joven bello en toda la envidiable acepción de esta palabra.

Vestía el uniforme de coraceros y en su hombro derecho ondulaba la charretera de comandante.

Como todos los oficiales del ejército unitario, por un voto de heroica significación llevaba entera su rizada barba negra que descendía en oscuras ondas hasta el brillante peto de su coraza. Montaba un brioso potro de las pampas, y si algo podía igualar á la gracia ecuestre de su actitud era la destreza con que lo manejaba.

Horacio Ravelo era el más valiente de los valientes que educó Alvear en la escuela de los combates. Contaba apenas veinte años; y sin embargo, desde Ituzaingó hasta ese día, su vida había sido una serie de hechos gloriosos.

Sus compañeros, no pudiendo rivalizar con él, se habían acostumbrado á admirarlo, y aplaudían sus triunfos con sincero entusiasmo.

Todas las jóvenes de Tucumán estaban enamoradas de él y cuando lo veían pasar; ora á la cabeza de su regimiento, ceñidos el casco y la bruñida coraza, en las pomposas evoluciones de una revista; ora solo, al caer el día, envuelto en una capilla azul, y oprimiendo el lomo de su gentil pampero; soñaban con todos los héroes desde Orlando hasta Murat, y le habrían dado su alma en cambio de una mirada.

Pero él, que era el amoroso en sueño de tantas bellas, no distinguía á ninguna. Saludábalas con esquisita galantería en el desfile de una parada, cabalgaba á su lado en las partidas de campo y danzaba con ellas en los salones. Pero de repente, y cuando lo creían cautivo, se deslizaba de entre sus brazos, huía de los festivos saraos, y saltando sobre su veloz caballo se alejaba y desaparecía. ¿A dónde iba? ¿Qué desconocida estrella lo atraía y deslumbraba su alma?

V.

Distante un tiro de piedra de las últimas casas de la ciudad, al cabo de un sendero bordado de espinillos, y en los lindes del ceibal que se extiende hasta el pueblo de Monteros, divisase la blanca fachada de una quinta entre el oscuro follaje de las moreras. Precédela un jardín plantado de limoneros y tupidas lianas, á cuya sombra se pasean asidas del brazo una anciana y una joven.

La una, encorvada y morosa, recogía yerbas en un paño de su manta; la otra, vestida de blancas gasas y coronada de trenzas negras, llevaba con visible impaciencia el tardo paso de la vieja. De vez en cuando alzaba la frente, aguzaba el oído, y sus ojos sondeaban con afán las profundidades de la noche.

Aquella joven era la hija de Avendaño el montonero, aquella quinta la guarida donde cada noche el atrevido caudillo partía con sus guerrillas que dispersaba al amanecer, y con las que procuraba hostilizar al ejército robando sus abastos é interceptando sus comunicaciones con las fuerzas unitarias del norte.

—Por más que rías, Vital —decía la vieja, siguiendo una conversación ya comenzada—, por más que rías, yo te digo que hay en tí desde no ha¹¹ mucho algo que realza tu belleza: algo... ¿Qué diré? Algo como la irradiación de una inquieta esperanza que hace brillar tus ojos y da á tu frente el resplandor de una aureola.

—Es la primavera, tía mía —respondió la joven—, la primavera que refleja sus claveles en los rostros de veinte años.

—No, ¡á fe mía! ¡Que el año pasado todos los días de Dios tenías la misma cara blanca, rosada, risueña y tersa! Ahora no es lo mismo: en un solo minuto cambias diez veces de color, de fisonomía y de expresión. El rumor del viento te conmueve, el sonido de una corneta te pone pálida... y he aquí que los pasos lejanos de un caballo te hacen estremecer; ¿qué tiene, pues, esta muchacha, señor? Diríase que está enamorada, si hubiese en Tucumán algún hombre de quien pudiera enamorarse, pero nadie... nadie sino esos malditos unitarios con unas barbas que espantan.

—¡Horacio! —murmuró la joven con acento apasionado.

—¿Horacio? ¡Ah!, ¡ah!, ¡vaya! Alguna novela, uno de esos cuentarrones incendiarios que desvelan á las niñas y les avientan los cascos. Sí, pues, de ahí vienen esas oleadas de inquietud y de alegría, de tristeza y de ansiedad de que te hablaba ahora mismo; de ahí también el encerrarte en tu cuarto desde las ocho de la noche, dejándome sola, perdida como una aguja en este gran caserón. Y todo por leer novelas. ¡Hase visto necesidad; teniendo ahí á la mano los doce tomos del *Año cristiano*!¹²

»Pero veamos, Vital, dime al menos lo que viene á ser tu Horacio, que no siendo un libro prohibido...

—Mi Horacio, poema sublime, hermoso misterio que el corazón saborea con delicia. ¡Sí! Tristeza y alegría, dicha y dolor, ¡todo viene de él!

Hablando así, la voz de Vital estaba tan impregnada de deleite, que galvanizó en el alma helada de la vieja sus muertos recuerdos.

—¡Jesús, qué muchacha! —esclamó—. Habla con una embriaguez que estremece el corazón, se creería uno en los tiempos de Belgrano, allá cuando había hombres dignos de amor.

—¡Oh! El héroe de mi historia es un guerrero bello como un ensueño y bravo hasta la temeridad. Los hombres lo admiran con envidia, las mujeres lo aman con pasión, pero de todas ellas una sola ha cautivado su alma, y de ella son su corazón y su amor. Como Romeo y Julieta, pertenecen á dos razas enemigas: él es un Colonna; ella, una Orsini.

—Es decir, como si algún unitario te amara á tí, hija de federales.

—Sí, pero como el amor de Julieta y Romeo, el suyo había salvado el abismo de odio que los separaba...

¹¹ No hace mucho. (N. del E.)

¹² Extensa obra devocional escrita por el jesuita Juan Croisset en la que cada tomo corresponde a un mes del año. (N. del E.)

—¡Ah, ah! Cual si tú, aprovechando las ausencias de tu padre, burlando mi vigilancia...

—Sí: mientras su anhelo espiaba en las lontananzas del porvenir un día de reconciliación que uniera sus destinos como lo estaban sus almas, en tanto que las dos familias rivales se enviaban mortales retos de lo alto de sus murallas, los pastores de aquellos contornos veían salir de ella cada noche dos seres fantásticos que cubiertos, el uno, de un negro yelmo; el otro, de un velo blanco se juntaban, entrelazaban sus manos y vagaban así bajo las sombrías arboledas hasta que el primer rayo del alba los separaba, perdiéndose ambos entre la oscura mole de los castillos.que

—Ni más ni menos que la historia con que me vino ayer Sebastián el campero.

—¡Ah!... ¿Y qué dijo Sebastián?

—Uno de sus necios cuentos. Se ha imaginado que la otra noche velando al ganado arisco en la aguada del Ceibal, entre las doce y la una, vio pasar de repente delante de su escondite una estraña visión: un hombre armado, ceñidas la coraza y la espada, llevando asida á su brazo una mujer vestida de un blanco ropaje, cuyos largos pliegues se confundían con los plateados rayos de la luna...

Visiones del aguardiente, niña, no pares mientes¹³ en ello. Ese muchacho ha dado en visitar la pulpería más de lo regular, y esas apariciones son hijas de la botella. ¡Bah! ¿Cómo es que tu padre nunca vio tales musarañas, él, que todas las noches vaga con la montonera en los bosques vecinos?

—¡Mi padre! —dijo la joven temblando—. Pues ¿qué?, ¿no pasa la noche en casa?

—¡Válgame Dios! Si tendrá razón Avendaño en decir que nada debe confiarse á las viejas. ¿No estoy aquí charlando lo que él me ha mandado callar? ¡He ahí á su hija espantada y temblorosa! Tranquilízate, niña. ¿Qué tiene eso de estraño? ¿No es tu padre un federal? ¿Qué más da si, haciéndose el muerto durante el día, abre los ojos en la noche como los murciélagos? Tanto mejor para la buena causa. Sin la vigilancia de Avendaño, cuántos refuerzos habrían recibido ya los unitarios; en tanto que, gracias á él, ignoran que Quiroga se acerca á marchas forzadas y va á caerles como una tromba en medio de sus festines....

—Dios mío —murmuró Vital— ¡ten piedad de mi amor! Si callo lo pierdo, si hablo traiciono á mi padre...

—¿Qué dices, niña?

—Digo que ya es tarde y que comienza á caer el rocío.

—Que me hace á mí tanto mal. Vamos, chica, quiero ponerme en la cama. Mañana iremos á Santo Domingo para oír la misa de seis. Adiós... ¡Ah!, y no te des por entendida con tu padre sobre lo que acabo de decirte, porque es brusco como un diablo, y con él no hay que chancear.

¹³ Voz arcaica: pensamiento, facultad de pensar. (N. del E.)

Vital se encerró en su cuarto; oró de rodillas entre una estatua de la Virgen colocada al lado de su lecho; y levantándose en seguida, después que hubo besado en el rostro á la divina Señora, cual si fuese una madre terrestre, fue á una ventana que daba al campo y tendió una mirada en torno.

La luna comenzaba á derramar sus rayos sobre la desierta campiña y las luciérnagas cruzaban como estrellas brillantes bajo la espesa fronda de los huertos.

En ese momento un hombre echaba pie á tierra entre un grupo de moreras, y anudó la brida de su caballo en un tronco.

—Quieto, moro, —dijo acariciando el cuello del hermoso animal—, quieto y silencioso por tu vida. ¡Ah! ¿Cuándo será el día en que la lleve en mis brazos estrechada contra el corazón, corriendo contigo en las deliciosas etapas de la Pampa?

Calló porque le pareció oír ruido entre el ramaje. Era un búho espantado que se llevó en el siniestro viento de su ala aquella exclamación de esperanza.

Jinete y caballo quedaron ocultos entre los árboles, mas los ojos que miran por amor saben penetrar las tinieblas.

—¡Ahí está! —esclamó Vital. Y volviéndose hacia la Virgen Madre dijo—: la hora de mi destino ha llegado; los acontecimientos se precipitan y me arrebatan para arrojarme en los brazos de mi amado. Es necesario que mañana sea tuya y que lo siga. Pero entre tanto, por última vez, préstame tu sagrado velo, santo talismán que me ha guardado hasta hoy santificando mi amor.

Cubriose con el blanco cendal de María, y acercándose á la ventana quitó de la reja un barrote furtivamente limado y ajustado con cera, y pasando por el ancho vacío que dejaba, dejose deslizar al lado opuesto y desapareció entre las sombras.

Eran las seis de la mañana y la alborada era bella. Una espléndida aurora de nácar y oro surcado de prismáticos rayos se alzaba al oriente, y el azul purísimo del cielo, el aliento embalsamado de la brisa, los cantos de las aves y el alegre tañido de las campanas, todo anunciaba dulces horas ese día, cuatro de noviembre, que iba á ser para Tucumán de lúgubre recuerdo.

Los clarines tocaban la diana; en lo alto de las torres, el esquilón llamaba á la misa de alba y las puertas abriéndose sucesivamente daban paso á una multitud de bellas madrugadoras que, el rostro suavemente encendido por el calor del lecho, los ojos cargados aún de languidez voluptuosa del sueño y los destrenzados cabellos medio ocultos entre la niebla fantástica de esos velos que las tucumanas saben llevar con tanta gracia, corrían á Santo Domingo para alcanzar la indulgencia concedida á la misa que á esa hora decía un capuchino, verdadera notabilidad monástica, llegado hacía poco de Roma con amplias concesiones del Pontífice de quien era camarero honorario.

Oh, vosotros, los que os detenéis para mirar á las mujeres en las puertas del templo, que después de orar á Dios en el santuario lo adoráis contemplando la belleza de su obra; no busquéis á las hermosas cuando cargándose de perifollas y de arreboles se desfiguran, cuando siguiendo la estravagante forma de la moda pierden la suya propia: buscadlas en las primeras horas del día, y entonces, como la naturaleza, os revelarán los misterios de su hermosura.

La misa había principiado en medio del silencioso recogimiento que inspira la oscuridad en las vetustas naves de los templos; pero luego, de lo alto de la bóveda, la luz rosada que precede á los primeros rayos del sol comenzó á hacer palidecer los cirios que ardian en el altar, y las ojeadas de los jóvenes se derramaron en torno con esa inquieta curiosidad de los veinte años que se alimenta con frivolidades.

—Toma —decía una al oído de su vecina—. Aquí estamos todas las bailarinas de anoche. Mucho te eché de menos: no tuve con quien bromear.

—¿Y el amor de tus amores?

—¿Ravelo? Estuvo una hora y se fue. Si es un corazón de piedra.

—No tanto como quieres persuadírmelo¹⁴. Lo he encontrado ahora mismo y quizá venía por tí.

—¡Él, oh! ¡Cuánto diera¹⁵ porque dijeras verdad!

—¡Por tu vida! ¿Quién es aquella joven que se ha levantado del lado de aquella vieja tan fea y que en este momento desaparece tras de esa columna?

—¿No la conoces? No es extraño. Es la hija de un federal y no asiste á nuestros bailes. ¿No has oído hablar de la belleza de Vital, la hija del montonero Avendaño? Es ella.

En efecto, al llegar la misa á la última epístola, Vital, dejando á su tía, fue á reunirse detrás de una columna á un hombre que la aguardaba. Era Horacio Ravelo.

—¡Vital! —le dijo este, tomando su mano—, ¿tú, á quien he escogido por compañera, me amas?

—¡Más que á mi alma! —respondió la joven con enérgico acento. Y ambos se arrodillaron.

En ese momento el sacerdote se volvió hacia el pueblo invocando al Altísimo, y cayó sobre ellos su bendición.

—¡Eres mía! —esclamó el esposo, estrechando contra sus labios la mano de su amada.

—¡Eres mío! —respondió ella, fijando en sus ojos una mirada de amor.

—¡Maldición! —balbuceó en ronco murmullo una voz sobre el sagrado libro del tabernáculo, y luego dijo para sus adentros—: ¡es esa fatal belleza que mis ojos contemplaron á pesar mío, la imagen que ha

¹⁴ Hoy el objeto directo de persuadir es en todos o la mayoría de los casos una referencia animada (se persuade «a alguien»), pero en el pasado este verbo admitía otros objetos directos también. (N. del E.)

¹⁵ Hoy, condicional simple (*daría*), pero este uso del pretérito imperfecto de subjuntivo (es decir, de formas como *diera*) era relativamente habitual en el siglo XIX.

derramado un fuego impuro en mis beatíficos sueños, la Eva tentadora que sin saberlo ha venido á colocarse entre mi alma y Dios!

De súbito oyose á lo lejos un rumor tumultuoso mezclado de lamentos, y á poco una inmensa multitud se precipitó en el templo gritando con terror «¡los federales, los federales!». Vital se arrojó llorando en los brazos de su esposo, pero este la rechazó: el amante había hecho lugar al soldado. Besó la frente de su esposa y murmuró á su oído:

—¡Hasta la noche!

—¡Ah! —dijo ella con dolor—, ¿dónde estaré yo á la noche?

—¡Aquí! —respondió él, cruzando los brazos sobre su pecho—. Muerto ó vivo, ¡aquí!

Y empuñando la espada, apartó la vista de su esposa y se arrojó fuera del templo.

En la llanura sembrada de bosques que se estiende entre Tucumán y el pueblo de Monteros, veíase ondular una línea color de púrpura surcada de relámpagos: eran las lanzas y las blusas rojas del ejército de Quiroga. El Tigre de los Llanos, salvando enormes distancias con la rapidez del huracán, había alcanzado la presa que el destino iba á entregarle.

El Ejército nacional formó sus huestes en el campo de la Ciudadela y esperó con denuedo al enemigo.

La historia ha consignado en sangrientas páginas esa funesta jornada que segó á la mitad de una generación arrojando á la otra á los horrores del destierro. La insubordinación de uno de los primeros jefes del ejército, que más tarde pagó con la vida las consecuencias de su culpable desobediencia, cambió la suerte de ese día convirtiendo la victoria en derrota. ¡General López, que el juicio de Dios te haya sido clemente, y ligera la tierra que cubrió tus mutilados despojos!

La batalla fue reñida y duró casi el día entero. La infantería pereció toda peleando á pie firme. La caballería huyó abandonando el campo de batalla; pero sus jefes y oficiales, echando pie á tierra y mezclados en las filas, pelearon hasta morir. Doscientos de ellos, la flor del ejército, cogidos moribundos sobre el campo de batalla, fueron arrastrados á la plaza principal de la ciudad para ser pasados por las armas. En el último momento, uno de ellos, alzando con trabajo su mano desfallecida, llamó á uno de los sacerdotes venidos para auxiliarlos. Habló con él en voz baja y puso en su mano un objeto. En los ojos del monje brilló un relámpago; pero bajando su capucha estendió la mano sobre la cabeza del moribundo, le dió la absolución.

Un instante después sonó una descarga, y todo quedó concluido. Los cadáveres, insepultos por orden del vencedor, debían quedar allí para escarmentar al pueblo; y el Tigre, apoderado de la ciudad, tendió sobre ella su terrible garra.

Los desdichados que tenían á los suyos en el ejército vencido ignoraban su suerte y encerradas en sus casas, las madres, hermanas y esposas pasaron la noche en los tormentos de la incertidumbre.

VII.

En la quinta del Ceibal, encerrada en su blanca alcoba de virgen, postrada de rodillas, pálida y trémula, la hija de Avendaño pedía su esposo á la Madre de Dios, mientras su padre celebraba con los suyos en prolongado banquete el triunfo de su causa.

Devorando las angustias de su alma, sofocando sus sollozos para interrogar al silencio de la noche, esperaba que algún ruido exterior viniese á alumbrar su corazón con una luz de esperanza. Sin embargo, los dolores de aquel eterno día habían agotado sus fuerzas; su cuerpo comenzaba á desfallecer, y estrañas alucinaciones invadían su cerebro.

De repente sintió estremecerse todo su cuerpo. No podía dudar; alguien se acercaba. Hallábase en la oscuridad, pues para ocultar su vigilia había apagado la luz, pero vio distintamente una sombra que vino á interponerse entre la ventana y el débil resplandor de las estrellas.

De allí á poco sintió arrancar el barrote limado de la reja, y un hombre se introdujo en el cuarto.

«¡Horacio!» quiso ella gritar, alzándose con esfuerzo del sitio en que yacía para arrojarle al encuentro de su esposo; pero unos labios ardientes sellaron los suyos, dos fuertes brazos ciñeron su cuerpo en un impetuoso abrazo, y el silencio volvió á mezclarse á la oscuridad en la misteriosa alcoba...

La fresca brisa del alba, agitando los destrenzados cabellos sobre la frente de Vital, la despertó.

Hallábase sola: ningún indicio en torno suyo revelaba la presencia de Ravelo. De aquella ardiente noche no le quedaba sino un recuerdo helado y terrífico. ¿Había velado? ¿Había soñado? ¡Estraño misterio!

Al llevar la mano á la frente, Vital dio un grito, y una inmensa alegría inundó su alma. Había encontrado en su dedo un anillo que ella dio á Ravelo en los primeros días de su amor. No había delirado, no había soñado: aquel, en cuyos brazos había dormido largas horas de dicha, no era un fantasma de la muerte, era su esposo.

La vieja tía vino á arrancar á la joven al arrobamiento que le absorbía.

—¡Vital, Vital! —entró gritando la buena señora—. Ven, hija mía, conmigo: tu padre te permite hacer una obra de caridad. ¿Sabes de qué se trata? De dar sepultura á los desdichados unitarios que ayer tarde fusilaron en la plaza. Quiroga consiente en que los entierren, á condición de que sean sus madres y sus esposas quienes los conduzcan á la tumba. ¡Alma de Peña!¹⁶ ¡Pobrecitos! Todo mi odio se ha convertido en piedad. Vamos, vamos, hija, á ayudar al cumplimiento de este deber doloroso.

Vital suspiró pensando en los desventurados que iba á ver, y siguió á su tía dando gracias á Dios por haber salvado á su esposo.

¹⁶ Mera exclamación, intensifica el «¡Pobrecitos!» que le sigue.

La ciudad presentaba un espectáculo de desolación imposible de describir. Las calles estaban regadas de sangre, las casas abiertas y entregadas al pillaje. Largas hileras de mujeres enlutadas se dirigen exhalando lamentos á la plaza donde se hallaban los ensangrentados cadáveres de los suyos.

Vital y su compañera siguieron aquel lúgubre convoy.

Llegadas al sitio fatal donde se había hecho la horrible hecatombe, cada una de aquellas desgraciadas buscó entre aquellos sangrientos restos á aquel que la muerte le había robado.

De repente Vital exhaló un grito, y cayó sin sentido. Entre los cadáveres de los doscientos oficiales fusilados la víspera¹⁷ había reconocido á su esposo...

VIII.

Desde ese día, Vital se volvió un ser fantástico que se deslizaba entre los vivientes como un alma en pena. Nunca se detuvo en parte alguna: jamás el sueño vino á cerrar sus ojos, su labio enmudeció, y solo cuando al caer la tarde veía su propia sombra dibujarse en largas siluetas sobre la seca yerba de los campos, interrumpió su perpetuo silencio exclamando con dulzura infinita: «¡Horacio!»

Y los años trascurrieron sin cambiar en nada su estraña existencia. Los habitantes de los vecinos campos la encuentran todavía en las noches del estío, á la luz de la luna, bajo la fronda perfumada de los naranjos, vagar pálida pero serena tejiendo coronas de azahares que coloca en seguida sobre su cabellera negra aún, pues el tiempo, cuya huella es tan profunda, ha pasado sin tocar ni con la estremidad de su ala esa frente blanca y tersa, después de treinta años de demencia.

¡Quién sabe si ese misterio que los hombres llaman con tanto terror locura no es muchas veces la visión anticipada de la eterna felicidad!

Juana Manuela Gorriti

Biografía

Nació en 1818, en Salta, Argentina. Fue una escritora y cronista argentina, considerada la primera mujer novelista de la literatura argentina. Perteneciente al clan jujeño de los Gorriti, de importante actuación en la Independencia Argentina y en la Guerra Gaucha. Sus obras más conocidas son *Cocina ecléctica* y *Sueños y realidades*. Falleció en 1892, en Buenos Aires.

¹⁷ A pesar de la preposición elidida, es un circunstancial de tiempo: [en] la víspera. (N. del E.)

Cuento. «A la deriva», de Horacio Quiroga

«A la deriva», publicado en *Cuentos de amor de locura y de muerte* (Editorial Buenos Aires, 1918).

El hombre pisó algo blanduzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yararacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violeta, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que como relámpagos habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad. Una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho, y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo—. ¡Dame caña!

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo¹⁸ con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

—Bueno; esto se pone feo —murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos, y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse,

¹⁸ Para ceñirnos a la fuente, mantendremos ciertos gerundios que la normativa y estilística actual recomiendan evitar. (N. del E.)

un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo. Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentóse¹⁹ en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú²⁰.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez— dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

¹⁹ Conservamos los clíticos pospuestos, arcaizantes. (N. del E.)

²⁰ En el pasado no era poco frecuente la proliferación de guiones en nombres de ciudades y localidades compuestos por dos palabras. Aunque sea un rasgo arcaizante, aquí permanecerá. (N. del E.)

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su expatrón míster Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su expatrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración también...

Al recibidor de maderas de míster Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves...

Y cesó de respirar.

Horacio Quiroga

Biografía

Nació en Salto, Uruguay, en 1878. Fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue uno de los maestros del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. *Cuentos de la selva* y *Cuentos de amor, de locura y de muerte* son algunas de sus obras. Falleció en Buenos Aires, Argentina, en 1937.

Cuento. «Misa de las cabras», de David Emanuel Saade

Ganador de la 6° convocatoria de Revista Migrante.

Atilio quedó sentado en la cama, horadando aun entre pasajes oníricos. Tenía por costumbre ir a mojarse la cara y después calentar agua. Sin embargo, ahí estaba, intrigado por la consecución de aquellos malos sueños. Su carácter episódico le hacía pensar en esos libros de su patrón, quien le había enseñado a leer y escribir, pero más que nada, en su afición de los viernes: programas de radio teatro, intrigas semanales. Frunciendo el ceño, alejando con su mano las persistentes imágenes, se levantó de la cama. Mucho por hacer para andar perdido en pesadillas.

El patrón tenía la confianza puesta en él. Le había dado la casita y la chacra para que trabaje. Hace poco había llegado a nuevos pagos. No se daba mucho todavía con los vecinos, pero ya hablaría con alguien. Mates mediante, pediría algún santo para poner bajo la almohada. Todo ese día mantuvo ocupada su cabeza. Cortar leña, sembrar por un lado, cosechar por el otro. Luego, hacer recuento de gallinas; no sea que algún vecino pillo o degenerado haga de las suyas. Otras tareas pendientes incluían comprar alambre para la tranquera y pasar por la forrajería. Para alejar las malas ideas quiso hacer primero eso. Por las dudas miró atrás de la casa antes de salir, pero no vio nada extraño. Lo que vive en los sueños ahí se queda, pensaba él. Muy a su pesar, aquella salida para despejar la mente no cumplió su cometido. Primero, el señor que le vendió el alambre le dijo que hacía bien en reforzar, muchos animales se andaban perdiendo en la zona según pudo enterarse. Lo segundo derivó en una catarata de recuerdos vividos de ese sueño: en la forrajería, el hijo del dueño, uno de esos chicos que nacen algo mal, no se quedaba quieto, y terminó yendo de boca al suelo al tropezar con la gruesa raíz de un palo borracho. Nervioso, Atilio volvió a su casa. Cuando llegó, por las dudas, miró otra vez la parte de atrás. Se agachó, tanteó la tierra. No pudo sentir ninguna raíz. Sentado en la cocina, acompañado solo por un mate y los propios pensamientos, intentaba buscar algún significado en sus sueños.

Nunca se veía a sí mismo en estos sueños, que iban por partes cada noche. Imaginaba ser un faisán o algo que volaba muy cerca del suelo, siguiendo el recorrido de una raíz que iniciaba en el patio de su casa, cruzaba la medianera y seguía creciendo a lo largo del paisaje. La madera era añeja, de árbol milenario. Mientras seguía el trayecto, iban gauchos galopando al costado. El entorno iba cambiando ante el avance del enraizado. Columnas de piedra antigua, como de cementerio, se erigían. Los árboles perdían el follaje, las ramas danzaban de manera insidiosa, antinatural. Estos cambios iban de mal en peor en cada ocasión. Durante el último sueño, vio que los jinetes ya habían perdido todo rasgo humano; la piel se les hinchaba, burbujeaba en formas purulentas. Había un sonido que iba tornándose más agudo en cada sueño. El

durmiente solo podía encontrar asociación con el canto de un conocido pájaro: el urutaú, o ave bruja, cuyo trino, si es oído de noche, hace estremecer.

Durante la tarde, ya cuando hubo terminados sus quehaceres, pensó que sería bueno hacer migas con los vecinos. En la casa de enfrente, vivía una pareja de viejitos. Amablemente, fue y se presentó. Ellos volvieron a repetirle lo que ya había oído antes. En este caso, un par de chivos y dos perros se habían perdido.

Entonces Atilio quiso tocar el tema de los sueños. Preguntó si algún cura vivía cerca para ir a hablar.

Mirándose como en desconsuelo, la pareja le contó que lo primero que se perdió no fue un animal, sino el mismo cura del pueblo, hace ya tres meses. En toscos movimientos, la vieja se levantó de la silla, fue a manotear un estante. Recibió así una estampita de San Expedito, que esa noche pondría bajo la almohada.

Más tarde, rezumaban en su casa el aroma del puchero y voces radiofónicas. Intercalaba entre inspecciones a la olla y la comodidad de su silleta mientras escuchaba su programa. Con ingenio, los actores iban emulando sonidos de pasos, clima, galopes y objetos. La trama seguía las aventuras de un detective que busca un tesoro robado. Esa noche, Atilio tuvo un poco más de control durante el estado de sueño. Quizás fue la sensación de irse a dormir con intriga por conocer el desenlace de su radionovela.

Esa noche ya no miraría de lejos, sería protagonista. Como un detective, indagaría en eso que lo rodeaba. Esperaba estar armado, pero en realidad se terminó llevando al sueño solo la imagen del santo que apretaba en la mano.

Hubiese preferido andar machete en mano. Se hallaba en medio de un espeso monte donde para avanzar había que ir manoteando ramas y pastizales. Graznidos hacían eco desde los costados, como respondiéndose. En cucullas, miró el suelo empantanado; identificó huellas variopintas: chanchos, cabras, gallinas, perros y algo que tenía la pinta de ser de una alpargata o sandalia. Atento, miró rastros de galope que terminaban en algo incomprensible. Una masa putrefacta, composta que parecía tener vida propia, latía como un corazón aglutinado a la tierra. Pudo identificar restos de un poncho, cabello, espuelas, huesos, cuero de animal.

Empotrado contra el inodoro, mientras seguía devolviendo su cena, Atilio tuvo un entendimiento. Eso tan grotesco eran restos de los gauchos que había visto en los sueños precedentes. No como sedimentos cadavéricos; eran parte misma del follaje, estaban fundidos con él. Esa mañana, pasó largo rato buscando al santo por toda la casa, pero no pudo hallarlo en ningún rincón. De nuevo, inspirado por aquel ficticio detective, intrigado por los misterios, aunque también muy asustado, definió buscar respuestas.

Fue de casa en casa preguntando. Aparte del sacerdote, en los últimos meses también habían desaparecido un niño en el paraje y unos peones de una estancia a pocos kilómetros de distancia. Acerca de gauchos como los del sueño, nadie había oído algo. Esa noche buscó de nuevo la imagen del santo en vano. Le costaba pegar un ojo. Más allá de la intriga, algo en él no quería internarse en el siguiente capítulo. Otra extraña resolución lo hizo saltar de la cama. Se puso un abrigo, descolgó el sol de noche que reposaba enganchado a un clavo en la pared. Un frasquito de vidrio con kerosene y una manguerita de goma dieron luz a su lámpara.

Esta vez no se agachó a buscar la raíz. Se dejó llevar por el instinto. A veces caminaba recto, doblaba en una bifurcación, trepaba algún pequeño montículo o tronco muerto. Se adentró kilómetros y kilómetros en el monte. Entonces, ya cuando los pies le pedían descanso, vio algo. Tras una fila de ramas y hojas de pequeños árboles, brillaba algo. Dejó su sol de noche en el suelo y atravesó la maleza.

Vaya uno a saber qué foco irradiaba esa tenue luz amarillenta que adornaba tan lúgubre entorno. No terminaba de saber si era una cueva, bosque, o algo más. Del techo pendían helechos y hongos grisáceos. Para Atilio, el mejunje de ese lugar era del todo desconocido. Los pies se le hundían en terreno mullido, lo que le traía lejanos recuerdos de una visita a los esteros, pero era evidente que no estaba en un humedal cualquiera; el hombre del campo lo sabe, lo siente en la piel. Una masa que chocó al caminar lo hizo detenerse. Era similar a lo que vio en su pesadilla, pero ahora nacían de ella pétalos purpúreos. Hay otra cosa que sabe el hombre de campo: es que, en medio de la noche, la oscuridad, hay que afinar el oído para saber qué lo ronda a uno, entonces el miedo pasa, dando lugar a la seguridad. Pero para Atilio, era inevitable no sentir un pánico atroz. No podía identificar lo que lo rodeaba. Vibraciones de insectos, chillidos, graznidos y ululares dispersos, nada.

Había algo más: una voz ominosa, en tonos que subían y bajaban. Una vez su patrón lo había llevado a las fiestas patronales en la catedral, le dijo que aquellos cánticos eran en latín. Estos rezos sí que se parecían, pero no eran latín, un idioma que Atilio comparaba con el italiano, porque él conocía a más de un tano por trabajar en estancias. Mientras más cerca estaba del orador, más conclusivo, razonado, ordenado parecía el lugar. La madera estaba cortada, organizada junto a otras cosas de la tierra, pinos, hojas, plantas, todo como si fuese una alfombra. Las partes de árbol se habían acomodado hacia el costado.

Ver aquella precaria casita no fue un impacto inmediato. Más lo fueron esos animalitos dando vueltas cerca de la entrada. Chanchos con plumas de gallina en el cuerpo y fauces caninas. Gatos de lengua bífida berreando de manera terrible, solo una mitad de la cara era felina, la otra parecía de ternero. Lo más normal allí terminaban siendo las cabras, de color negro y con dos cabezas cada una. Acercándose a una que mascaba algo, Atilio vio que era la estampita del santo que se le había perdido. Justo entonces asomó el rostro por una de las ventanas de la casita.

Dentro, había velas encendidas. Un hombre regordete y calvo agitaba algo en la mano, una caña de azúcar o bambú, con hojas de color morado pegadas en su contorno. Había más cabras bicéfalas en torno al sujeto, también un libro en el suelo. La misa de las cabras, pensó el gaucho sin saber por qué. Mirando en derredor, Atilio vio más vegetación similar, también más hongos, pero estos eran de color dorado. No podía distinguir si las ropas del extraño eran de sacerdote debido a la mugre que tenía encima, pero el parecido era evidente. Metió más la cabeza para ver hacia donde apuntaba con su báculo. Contra una pared, había empotrada una cosa a medio camino entre espantapájaros e ídolo pagano. Muchas de las distintas cosas de la vegetación daban forma a la figura humanoide, sobre todo palos y hojas. Su cara eran restos de la corteza de un timbó.

El sitio donde se apoyaba podía identificarlo como tronco de quebracho. El ídolo juntaba las manos. Alcanzó a ver que en la cabeza tenía una corona también elaborada finamente pequeñas ramitas, hasta tenía un símbolo en medio, un triángulo invertido. Cuando el invocador cesó su rezo, Atilio pensó haber sido descubierto. Se agachó tras la ventana. Hubo un largo silencio. Al cabo de un rato, volvió a espiar. El otro estaba sumido en trance, con los ojos clavados en su ídolo. En cierto momento, rompió el silencio con una repetición a viva voz: «iao hastur».

Mientras, la estructura del ídolo crujía. Sangre o alguna especie de líquido amarillento le brotaba desde adentro, tiñendo su cuerpo. Atilio volvió a buscar refugio bajo la ventana. Muerto de miedo, intentaba no hacer ruido, pero hasta le castañeaban hasta los dientes producto de sus espasmos de terror. Quiso moverse y encontró su pie enredado con algo viscoso y serpentino que brotaba desde abajo. No pudo distinguir si comenzaba a hundirse o el suelo avanzaba hacia él. Nada ahí tenía sentido, como tampoco coincidía con la lógica más pura extraviarse por los montes y terminar en un cruce de mundos, donde lo bucólico y lo primigenio comulgan en diabólica amalgama, donde un hombre perdido termina encontrando a dioses más antiguos que el suyo.

Azoraba en él un gran conocimiento, palabras nuevas, instantes antes de ser parte del todo. De sus labios brotó, casi como un suspiro, una palabra: *carcosa*, y entonces se fundió en un abismo de eternidad, composta biológica y dimensional.

Curioso es que ante dicha inexistencia que lo llevó a un conocimiento infinito, el último atisbo de Atilio estuvo feliz de conocer una cosa apenas: el desenlace de su programa de radioteatro.

David Emanuel Sade

Biografía

Nació en Corrientes, en 1992. Es psicólogo social de profesión. Hasta inicios de este año fue escritor fantasma para un reconocido programa de radio con temática paranormal. Publicó en 2017 en una revista digital mexicana, *La sirena varada*. Escribió *Duplicidad* (2017), una antología en coautoría con Mirta Ramírez; *Las once puertas* (2020), una antología de cuentos; y *Aurora* (2024), una novela.

Cuento. «No te esfuerces tanto, Santos», de Graciela Melina Cabo

Ganadora de la 6° convocatoria de Revista Migrante.

9 de julio de 1937

Villa Tulumba, Sierras Chatas de Córdoba

Muerte:

No sé si venís vos o es la fiebre la que te empuja. Hace un mes, el aire se llenó de un silbido, como si el viento trajera flemas ajenas. Entre pozo y pozo fui anotando los números, para que los tengas claros —porque sé que te gustan los balances prolijos—: 48 entierros en treinta días; diecisiete de ellos, niños; cuatro fosas comunes abiertas a medias porque la cal se nos acabó el martes. Cuando la esparcí la restante, su polvillo me quemó los ojos hasta cegarlos, borrando las caras.

El cura, exhausto, reza a la carrera dejando avemarías sin terminar, cual cuentas rotas de un rosario sin fe. Las noticias llegan tarde; mal y pronto, masticadas por el miedo. En la radio anuncian que «ya pasó lo peor», pero acá los carros siguen llegando. La gente se pasa de boca en boca lo poco que la emisora de Córdoba se digna a escupir, cual secreto de misa negra: «epidemia de gripe», dicho con la ligereza de quien nombra una lluvia pasajera. Los diarios de la capital hablan de una terciana, sin mostrar las jetas hinchadas ni los ojos vidriosos que yo entierro cada día. Apenas mencionan a Tulumba y los pregoneros del pueblo cacarean que el gobierno va a mandar médicos, aunque ninguno puso un pie todavía en este terruño. A los ricos les alcanzan frascos brillantes de jarabes traídos de Buenos Aires; los pobres, en cambio, mastican yuyos amargos o imploran con la garganta abierta hasta que la tos les arranca el alma.

En el pueblo, la escuela quedó muda con los pizarrones aún escritos, la herrería apagó su fragua y la posta de mensajería ya no recibe caballos cansados. Las acequias arrastran agua quieta, verdosa, como si hasta el río se negara a moverse. Tulumba parece el pabilo de una vela que chorrea cera titilando en la penumbra.

«En los últimos días, la Dirección de Higiene ha confirmado algunos casos de influenza en pequeñas localidades del norte provincial. Autoridades sanitarias

aseguran que la situación se encuentra controlada y que no existe motivo de alarma para la población. El gobernador ha dispuesto la distribución de cal y medicinas en los pueblos afectados. En la capital, la vida continúa con normalidad: los comercios abren sus puertas y las familias disfrutan de los espectáculos en el Teatro Rivera Indarte».

La Voz de Córdoba — 5 de julio de 1937

Eso dicen los diarios; lo escuché cuando entonaban con fuerza los titulares de *La Voz de Córdoba* en el atrio de la capilla. Lo que yo veo son pulmones deshechos y madres arrodilladas sobre la tierra suelta: mientras ellos hablan de normalidad y luces de teatro, acá el aire se mastica denso, como el caldo aceitoso de un puchero que se niega a enfriarse.

Anteanoche, al salir del cementerio, vi pasar un carruaje con faroles encendidos. Adentro, el féretro de un estanciero, rodeado de coronas que olían más a rosas porteñas que a monte cordobés. Se me quedó clavado en la vista hasta que el polvo lo borró. Pensé entonces en los condenados que me caen: sus cuerpos envueltos en sábanas lacrimosas, sin velorio ni responso. Es cierto, parca, caen patronos y peones por igual, pero no es lo mismo: unos descansan bajo mármol frío; otros, bajo un crucifijo de madera que se pudrirá antes que su osamenta.

En el pueblo ya no se habla fuerte, la voz se quiebra sola. Nadie quiere carne. Bisbisear que la peste se esconde en la sangre humeante del animal recién carneado. En la pulpería los parroquianos se arriman de a poco, se miden con los ojos: el que tose ya parece traer al demonio prendido en el gañote. Los gurises juegan con huesos del basural creyendo que son palitos y las madres se santiguan con espanto. Después se bajan un trago de caña para no pensar tanto. Otros la beben con té de carqueja y jarilla, pues juran que las hierbas alejan los temblores.

De noche, las guitarras lloran un gato o una zamba; las cuerdas suenan rengas, cual rebencazo en el aire. Nadie baila. Apenas se hamacan, y el que canta lo hace con los ojos apretados. El alguacil, con la lengua medio torcida de beber, mandó levantar un hospital, de apuro, bajo toldos en la plaza. Los camastros se llenan en un santiamén, los rezos se enredan con los lamentos de los padecientes, mientras la campana de la iglesia larga un bramido ahogado de toro viejo. Entre santos, yerbas y uniformes, cada cual se agarra de lo que tiene para no entregarse de una vez a la calentura mala.

«Habla Radio Horizonte, la voz de Tulumba, conectada esta noche con las emisoras amigas de Tucumán y Montevideo... —ruido de estática—. Invitamos a toda la población a unirse en un canto colectivo, porque donde la ciencia aún no llega, la fe del pueblo hace camino.

»Aposten guitarras y bombos al aire, dejen correr la caña con ruda; repitamos juntos el estribillo para alejar al mal aire que ronda los ranchos. Que se escuche hasta en los cerros: “Pachamama, guarda tu gente, apartá la sombra negra —silencio breve, crujido metálico—. Sombra ne... sombra negra...” —voces rotas, palabras en lengua extraña—. La transmisión seguirá hasta la medianoche con música y oraciones, para que lo malo se retire de nuestros pagos».

Hace tres días, la voz de la radio parecía arrastrar a todos hacia la plaza, con ansias de un remanso. Entre toldos y catres, se armó un remolino de guitarras, bombos y gritos, como si el ruido pudiera conjurarte, Muerte. La gente temblaba bajo el frío. Las mujeres apretaban los ponchos mientras los hombres sacudían la escarcha de sus abrigos. Las madres, con los ojos rojos de tanto llorar, bailaban alrededor de los caídos; los hombres arrojaban aguardiente al suelo, como si la tierra, sedienta, quisiera beberse la desgracia. Alguien juró ver al comisario darle órdenes al aire mientras empuñaba el sable contra una sombra que solo él veía. El canto se volvió un frenesí colectivo donde plegarias, carcajadas, llantos y tambores se fundían en un único alarido.

En medio del tole tole, los más chicos dijeron que los difuntos se levantaban de las parihuelas, tambaleándose cual borrachos, con la boca cuarteada y los ojos blanquecinos. Nadie quiso creerles, hasta que el almacenero reconoció entre unos cuerpos al hijo que había enterrado la semana anterior. Hubo un silencio duro, agujereado por el rasguído de una guitarra que sonó sin manos, y de pronto un olor a tierra recién removida empezó a colarse entre la multitud. Entonces, el gentío se desparramó a modo de tropilla desmandada: algunos corrieron; otros se quedaron quietos, mirando cómo los moribundos se erguían con los brazos tensos buscando a quién arrastrar con ellos. En la radio todavía se escuchaba, entre chasquidos y voces raras: «Pachamama... guarda tu gente...»: porque los de abajo mueren dos veces: una en su lecho y otra en el olvido.

Ayer bajé al foso a un chico todavía tibio. La madre lloraba sin voz. La garganta quemada de tanto toser le sacaba un gemido seco, gutural. La semana pasada fue el padre. Los puse cerca, uno al lado del otro, por si quieren hablarse bajo la tierra cuando la noche se espese. Un viejo me pidió, antes de morir, que lo enterrara con su chala de tabaco en el bolsillo. «Pa' mantener a raya al diablo», murmuró, y se fue sin ronquido de garganta ni estertor, como quien se duerme en la siesta. Otros, en cambio, se van peleando a los manotazos. Una nena me rogó que la acostara junto a la muñeca de trapo que le cosió su abuela, porque le daba miedo la oscuridad. Esas voces me persiguen de noche; caminan entre los sepulcros, descalzas, como si el camposanto siguiera poblado y el pueblo inventara su propio catecismo del Mal.

Hoy al alba, mientras echaba tierra sobre otro viejito, me taladraron los oídos tres estornudos detrás del muro norte. No eran del sereno: el sonido venía hueco, de un pecho ahogado. Era el azote anunciando su próxima entrega. Vos estabas allí, lo vi en la sombra alargada de tu guadaña, pero ni te dignaste a saludar. La peste rezuma por las paredes de adobe. Entra sin pedir permiso y deja los catres vacíos antes de que cante el gallo. Vos solo recogés los restos, pero lo hacés a trote largo, sin mirar atrás. Te entiendo, huesuda, esta vez tampoco elegís. Te lleva la corriente, igual que a mí. Pero una cosa es que no puedas frenar y otra, que no puedas manejar las riendas cual yegua desbocada.

Mirá, empecé en este oficio siendo apenas un chango. De la peste del 18 aún me acuerdo: las campanas doblaban sin parar y decían que las almas caminaban de noche buscando aire, que los cuerpos no se dejaban tapar. El recuerdo todavía me amarga la boca como hierro oxidado. Olegario, el sepulturero viejo, me contaba que en las madrugadas sin luna, las cruces se tuercen solas, como pescuezo de cristiano mal velado. Juraría que lo vi, se me prendió en las pupilas, y aún no sé si fue cierto: una estaca chueca se enderezó cuando pasé, buscando mis pasos. No lo conté; el pueblo no perdona las lenguas flojas. Desde entonces me cuesta cerrar los ojos; no vaya a ser que la madera siga respirando.

El campo entero de Tulumba anda enlutado. Ni las tacuaritas azules trinan, ni las cabras sueltan balidos. El rey del gallinero ya no anuncia la alborada. El sol cae como si naciera muerto. Hasta los perros dejaron de ladrar, como si intuyeran que aullar atrae tu presencia. El silencio pesa como plomo; solo lo hiere, a veces, un chirrido de cigarra moribunda o el ulular del viento contra las taperas. Las sierras chatas, sin embargo, no callan del todo; el zumbido ácido de las moscas corta esta quietud funesta. Al caer la tarde, el fuego del cielo tiñe las cruces con el color de las brasas a medio extinguir. Aunque aún logran dar sombra, los algarrobos crujen con ruidos de marlos carcomidos. Los caballos se encabritan, relinchan frente al muro del cementerio, ufan y se les crispa la crin con el aire podrido. Los caranchos vuelan dibujando coronas en el cielo y se lanzan en picada sobre las sepulturas a medio tapar. Celebran con graznidos ásperos lo que a nosotros nos destroza. Las hormigas, trabajadoras incansables, trepan las tumbas arrastrando consigo las migajas de pan que los deudos dejan como ofrenda. Pronto desarmarán la poca memoria que queda de cada difunto.

A veces pienso que no soy solo un enterrador, sino parte de un cuento maldito. Algún poeta te describiría estas imágenes de pólvora y crepúsculo mejor que yo, pero hoy solo yo puedo hacerlo porque yo soy el que cava, el que huele la cal mezclada con sangre seca.

Señora, te noto urgida, sí. Como si temieras que la tos mala te ganara la partida. Te aviso: el Mal no abrirá fosas, no pondrá estacas; eso es trabajo mío. Ya no doy más.

Hace dos noches cavaba bajo la luna llena y la pala se me trabó en piedra. Me incliné a mirar y sentí un aire helado subir desde el fondo, un resuello. Entonces tu voz ronca, un susurro ordenándome pocear más hondo, me rozó la oreja. Se me entumecieron los músculos, con la herramienta atascada, mientras una sombra recorría el borde del foso. Creí oírte mascullar que tampoco dormís. Pensé que podíamos turnarnos, que mientras yo echaba tierra, vos convencieras a la peste de espaciar las visitas. No contestaste. Solo dejaste caer un golpe seco contra el tablón, y otra familia menos.

Me pregunto, patrona, si en verdad no te gusta el juego. Me tentás a seguirte, a hincar la pala como diente en carne fresca, a escuchar los quejidos que vienen desde abajo. Voces que no son de vivos ni de muertos, sino de los que se quedaron atrapados en el medio.

El suelo se endureció de tanto escarbarle la boca. El acero de la pala rebota. Me sangran las manos, el mango se astilla. Si seguís llenándome el patio de difuntos, van a quedar tendidos encima, sin sepultura que

los proteja, y el viento los esparcirá por el monte como polvo de maíz. ¿Te gustará verlos rodar, confundándose con la hojarasca? A mí no.

Mientras cerraba un cajón de tablas mal clavadas, me pareció oír que adentro alguien raspaba con las uñas. Pensé que era el eco del martillo, pero el ruido siguió aun después de poner la última señal de madera. Entonces, sentí un peso tibio, cual animal dormido, aplastarme el hombro. No quise abrir. Ya no sé si lo que araña es carne o espíritu. Hay noches en que el piso mismo palpita. No es cuento: el barro se hincha bajo el metal, late como un corazón enorme, mal enterrado. Me tiemblan las manos; siento que si sigo hurgando voy a destaparlo, y lo que salga... no será ni cadáver ni espíritu. Será otra cosa, más vieja que nosotros, con hambre todavía.

En la pulpería cuentan que basta un puñado de ajos colgado en la puerta, con cinta roja, para ahuyentar la enfermedad. Otros dicen que con rezar a San Roque alcanza. Escucho plegarias, juramentos y promesas rotas. Aunque lo que más retumba es el miedo: miedo a dormir, miedo a toser, miedo a que el próximo carraspeo sea el último. En las noches de guardia escucho cosas que no sé si vienen del viento o del Mal. Dicen que hay mujeres que atan gatos negros dentro de galpones, para que maúllen hasta reventar y con ello engañen a la fiebre. Otros aseguran que si uno escucha pasos afuera del rancho y no implora de inmediato, la peste se mete en la cama y se acuesta al lado del incauto: húmeda, respirando como amante sin culpa. Ya no sé qué creer.

Aflojá, parca. No te pido que te vayas, sé que sos vieja costumbre, mas caminá lento. Dejá que el cura rece completo, que la madre alcance a cerrar los ojos de su crío... Pedile a la peste que tome aire, aunque sea por una semana. Decile que el lodazal necesita secar, que el silencio también es parte del rito.

Si no frenás, voy a cerrar este portón con tranca y cuerda de guasca. Me sentaré del lado de adentro a esperar que pase el silbido. Que hagan cola los muertos y vos con ellos. Serás la primera en aburrirte cuando los cuerpos se amontonen del otro lado y no quede espacio ni para tus artilugios.

La pluma sigue errante, arrastrada por un impulso frío. Leo lo que no escribí: «No te esfuerces tanto, Santos... ya estoy adentro».

Santos Leguizamón, sepulturero

Graciela Melina Cabo

Biografía

Nació en Treinta de Agosto, Bs. As. Entre caballos y ciruelos descubrió el mundo. Llegó a la ciudad para estudiar Comunicación (UBA). Yoguini y exploradora de palabras, escribe cuentos y poesía que publica desde 2025.

Entrevista

Diego Ortega, profesor de lengua y literatura, promotor de la lectura en los programas *La última página* y *Reporte minoritario*.

Pregunta: Para empezar, te quería preguntar sobre tu juventud. ¿Qué obra despertó en vos la pasión por la literatura?

Respuesta: Me acuerdo de la primera obra literaria, con mayúsculas, que captó y cautivó mi atención. Fue *La vuelta al mundo en 80 días*, de Julio Verne. La leí cuando tenía 11 años. Previamente había transitado por una lectura un poco más liviana, que eran los cuentos clásicos, pero en una edición que se vendía hace muchos años. Eran las transcripciones de las películas que Disney sacaba sobre los cuentos clásicos. *La Cenicienta*, *Pinocho*, *La Bella Durmiente*...

Yo me fascinaba por las imágenes, que eran los fotogramas de las películas animadas, y mis papás me compraban esos libritos, yo tenía 8 o 9 años. Pero con el tiempo supe que eso no era, como te dije antes, la literatura así, con mayúsculas.

Después leí con mucho fervor y con mucho entusiasmo a Stevenson, *La isla del tesoro*, *Doctor Jekyll y Mr. Hyde*. Otro autor que me cautivó así, de leerlo furiosamente, fue Edgar Allan Poe.

Pero recuerdo que Julio Verne me obligaba a estudiar inglés. Yo era muy chico. Me habían mandado a estudiar inglés totalmente contra mi voluntad. Los libros de inglés son mayormente grandes, entonces cuando terminaban las clases en diciembre, había como dos semanas antes de rendir los exámenes en la cultural británica de San Miguel. Mi mamá me obligaba a estudiar, porque además pagaba para que yo estudiara el idioma.

Yo tenía un librito, que era tamaño pequeño, *La vuelta al mundo en 80 días*, y lo escondía dentro del libro de inglés. Entonces, yo tenía el libro de inglés abierto, mi madre pasaba, miraba, veía que yo estaba estudiando, y yo abajo tenía *La vuelta al mundo en 80 días*, una novela que leí con mucho placer. La leí varias veces, cuando tenía 11 o 12 años. Y después, cuando ya trabajaba como docente, la volví a leer y siempre le encuentro alguna cosa que me sigue fascinando.

P: Me llama la atención que hace unos años publicaste un libro sobre Shakespeare, y además estudiaste muchísimo sobre literatura inglesa. ¿De chico no te gustaba el inglés?

R: No, lo odiaba. Lo detestaba con toda mi alma, porque era obligatorio. Voy a contar algo que no sé si es muy conveniente en una entrevista de este tipo, pero a mí nunca me gustó estudiar, nunca me gustó que me impusieran una obligación. A día de hoy no me gusta estudiar por obligación. Cuando uno es chico no tiene voluntad de decisión, pero fue la bendición de tener a mis dos padres, que los tengo todavía. Se esforzaron muchísimo. Nosotros somos clase media, no somos familia privilegiada. Mis padres vinieron de Paraguay muy jóvenes, yo vine con ellos.

Los primeros cinco años que me mandaron a estudiar inglés yo no quería saber nada, de hecho no aprendía nada, hasta que un día escuché una canción en inglés, y fue mágico: entendía lo que escuchaba sin necesidad de tener la referencia textual. Después comprendí que en realidad lo que yo odiaba del inglés no era el inglés, porque en el fondo terminó siendo una lengua a la que le dediqué muchos años, mucho tiempo después, y que estudié con gusto y con placer. Pero elegí estudiarla, no me obligaron. Entonces, entendía, y después con el tiempo me hice muy fanático de identificar acentos.

No me gustaba la obligación de tener que ocupar espacio en mi tiempo libre con cosas que después sabía que iba a olvidar inmediatamente.

P: Claro, además la manera de enseñar gramática también incluye.

R: Yo creo que debe gustar la gramática, pero para un niño es difícil encontrarle gusto. Y más en otro idioma, seguirle el ritmo, entenderlo... Yo tuve la bendición de tener una muy buena profesora, que era muy esquemática. Y tengo otra pequeña particularidad. Como te conté, mi familia es de Paraguay. Yo nací allá en el año 1987. Viví ahí tres años, aprendí a hablar, mis primeras palabras fueron en un castellano guaranitizado. Terminé de armar mi cabeza lingüística a los cinco o seis años, entre el guaraní que se hablaba en la casa familiar y el castellano que tenía que hablar en el jardín, en la escuela primaria...

Mi mamá me enseñó a leer a los cinco años, aprendí a escribir a los seis, y creo que eso fue una gran ventaja para que cuando empecé a estudiar inglés, por voluntad, los esquemas y las estructuras me resultaron muy familiares y muy rápidamente reconocibles. Lo mismo que la gramática castellana... Es medio borgeano lo que voy a decir, pero estaba predestinado a encontrar mi íntimo destino de profesor de lengua y literatura. En realidad yo quería ser, no sé, como todo chico, astronauta; pero la docencia llegó muy rápido. Mi mamá es maestra, entonces vivía en un mundo donde había cosas siempre: cuadernos, tizas, hojas, papeles... Libros no, fotocopias, en mi casa no había libros.

Los primeros libros los compré yo, la primera biblioteca de mi casa la armé yo.

P: Justo te iba a preguntar, ¿por qué decidiste estudiar el profesorado de Lengua y Literatura? ¿Era tu primera opción?

R: No. A mí me gustaban tres cosas. Me gustaba hablar, siempre me gustó hablar. Desde chico, una de las características que me señalaban, a veces con cierta reconvención, era: «hablás demasiado, hablás hasta por los codos».

Claramente me perfilaba para algún tipo de oficio o profesión que implicara hablar. Podía ser la radio, podía ser la televisión. Paralelo a esto, —siempre lo digo medio en chiste, medio en serio— a mí me crió la televisión de los años noventa.

En segundo término y ensamblado a lo que decía recién de la televisión, me acuerdo de haber visto muchas veces una película que pasaban en Canal Trece, que era *El profesor hippie*, con Luis Sandrini. Un hombre que le hablaba a sus alumnos y les hablaba de historia, historia argentina. Y a mí me gustaba saber esas cosas, saber la historia, contar historias.

Y la tercera cosa fue que me resultaba muy fácil explicarle a otros cosas que eran complicadas. Por ejemplo, gramática, reglas de acentuación, reglas de titulación. Mi mamá era muy rigurosa con eso. Me había enseñado a leer y a escribir y yo había aprendido bastante bien. Ella me corregía todo todo. No con severidad, sino con mucha disciplina.

P: Con exigencia, ¿no?

R: Sí. Me decía: «vos no podés escribir mal, porque escribir es una forma de mostrarte».

Cuando cumplí 17 años, tenía el último año de secundaria y pensaba en el Profesorado de Historia o en el de Inglés, o nada. El profesorado de Lengua y Literatura no había pasado por mi cabeza. El profesorado de Historia lo descarté y me anoté en el profesorado de Inglés.

Fui al Instituto Cultural Británico. Pagué la matrícula, había aprobado los exámenes de ingreso. En ese momento ya me iba bastante bien, había terminado el curso inicial con una buena proyección.

Pero en el último cuatrimestre, tercer año de polimodal, la profesora de Lengua y Literatura se enferma, pide licencia y viene una suplente. Suplente que, joven, recién recibida, en vez de hacernos leer largamente el *Martín Fierro* y la guía de preguntas, vino y no nos dio ninguna guía. Nos hizo leer a Borges, nos hizo leer «El fin», «Biografía de Tadeo Isidoro Cruz», y nos hizo hacer una monografía comparativa entre Borges y Cortázar.

Yo escribía esa monografía, y cuando me entrega la corrección, la profesora me dice: «usted, ¿qué va a estudiar? ¿No pensó en estudiar literatura? Porque veo que le interesa, que tiene alguna habilidad para relacionar».

Me anoté en el profesorado de Lengua y Literatura, perdí la matrícula para estudiar profesorado de inglés. Pero empecé, terminé la carrera en cuatro años y acá estoy, después de muchos años, agradecido de esa profesora.

P: Sobre el Mariano Acosta, ¿vos pasaste por el Mariano Acosta? ¿Diste clases?

R: Mi historia con el Mariano Acosta es muy circunstancial. Yo no conocía lo que era el Mariano Acosta. Tuve la bendición de tener a Sebastián Porrini como profesor en el año 2008, en mi tercer año de profesorado, en las cátedras de Griego y de Lingüística III.

Le debo a Sebastián muchas muchas cosas. Una de ellas es el amor por la cultura y la lengua griega y por la gramática. Pero, sobre todo, le debo a él que, cuando terminé el profesorado, me dijo: «¿qué vas a hacer el año que viene?». Estamos hablando del 2010. Me lo dijo antes, ya cuando estaba por recibirme, le dije: «no tengo idea». Él me dijo: «¿Querés ser mi ayudante de cátedra?». Y ahí empezó nuestra amistad.

Y en esa amistad Sebastián siempre me alentó a seguir buscando. Un día viene y me dice: «están llamando a concurso en el Mariano Acosta. Salen dos materias, Gramática Textual y Gramática Oracional. Presentate». Estamos hablando del año 2011, yo tenía 24 años.

Y yo hice caso a mi maestro. Me tomé un mes. Me encerré un mes a preparar el proyecto y me presenté al concurso con la certeza de que un ignoto profesor recién recibido de 24 años no tenía posibilidad. Pero la cosa anduvo, porque mi proyecto fue uno de los más cercanos a la propuesta que tenía el Mariano Acosta en cuanto a la enseñanza y la gramática. Una de las condiciones era trabajar en secundaria y yo en ese momento ya tenía cuatro o cinco años de experiencia en el nivel secundario. Y ahí empecé. Gané el concurso y me nombraron como profesor interino con 24 años.

Trabajé allí 12 años y aprendí a amar esa institución educativa que tiene una historia y que lamentablemente ahora está luchando por subsistir debido a ciertas políticas. Mariano Acosta fue el primer profesorado superior en Letras que tuvo la Ciudad de Buenos Aires y hoy en día está queriendo cerrar la carrera de letras o trasladarla a otro lado y se olvida que tiene muchos años de historia. Es el profesorado en el que estudió Julio Cortázar, Leopoldo Marechal y un ejército de grandes escritores, artistas, músicos... Y yo aprendí a amar ese profesorado y siempre me gusta decir que, aunque yo estudié el profesorado en el Instituto N.º 42 de Bella Vista Leopoldo Marechal, me terminé de forjar como profesor en el Mariano Acosta.

Tuve muchas materias, tuve muchas horas, pasé por cargos de coordinación, estuve en comisiones directivas y le di mucho muchísimo tiempo y amor a ese instituto. Hoy lo sigo recordando con mucha admiración.

P: ¿Y qué pasó después de 12 años?

R: Me fui por dos razones contingentes. Un año antes de la pandemia concursé para un cargo directivo, gané el concurso y entonces comencé a trabajar como vicedirector en una escuela secundaria en la ciudad de San Fernando y eso me demandaba mucho tiempo. Después, la pandemia complicó un poco más las cosas, porque no es fácil ejercer un cargo directivo en medio de una pandemia.

Ya mis tiempos empezaban a ser más escasos, y si bien podía haber continuado con muchas horas porque era todo virtual, mi cabeza ya no era la misma.

Además, ya en ese momento, después del cargo directivo en la escuela secundaria, surgió otra posibilidad. Un proyecto muy muy grande y muy importante de crear un profesorado acá, en la ciudad de San Miguel, que es en el que estoy en este momento trabajando. Es muy importante en esta profesión saber cuándo retirarse de ciertos espacios.

P: ¿Y el proyecto de crear un profesorado en San Miguel empezó después de la pandemia?

R: Empezó en noviembre de 2021, y durante todo el 2022 cobró forma, fue madurando. El 8 de marzo de 2023, nos llegó la aprobación oficial de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, que abría la posibilidad de que el Instituto Superior San Miguel Arcángel pudiera ofrecer carreras de formación docente.

P: ¿Fue Sebastián Porrini quien te acercó a la filosofía perenne? ¿Vos ya estabas interiorizado?

R: No, yo no tenía idea. Tenía idea de algo que se llamaba teosofía, de una tal Helena Blavatsky. Pero inmediatamente me di cuenta de que había algo allí que no... Sobre todo por lo que escribe Roberto Arlt en *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires*. Cuando Sebastián me abrió la puerta de su biblioteca, que es desde donde grabamos *La última página*, y me señaló una parte. René Guenón, Ananda Coomaraswamy... En realidad, no empecé ni por Guenón ni por Coomaraswamy, sino por Julio Balderrama.

Balderrama era un estudioso de estos temas; Porrini, un fiel discípulo. No solo en lo que implica la gramática, sino en la lectura simbólica de la filosofía perenne.

Fue Sebastián quien me dijo que a la teosofía, y toda la cuestión con Blavatsky y todo eso, era mejor pasarla por un tamiz y no quedarse en la primera fascinación, que es el riesgo más grande que se corre en la lectura de estos textos. Cuidado con la fascinación primera, porque puede ser solo un efecto y no tener profundidad, y eso fue lo que comprobé con el tiempo.

P: Si una persona quiere empezar a leer filosofía perenne, ¿qué le recomendarías?

R: Recomendando, hoy lo puedo decir, el libro *Los otros*, de Sebastián Porrini. Sebastián tomó la metafísica operativa en Occidente en el siglo XX, y tomó 26 autores, entre los que están los perennialistas. Es un excelente libro, no solo por la prosa de Sebastián, que es muy clara y muy precisa, sino porque nos da una pincelada precisa de qué quiere exponer cada uno de estos autores, Guénon, Julius Evola, Coomaraswamy... Y de ahí yo iría a leer *Oriente y Occidente* de Guénon, también leería *La transformación de la naturaleza en arte* de Coomaraswamy.

P: Ese libro, *Los otros*, lo publicó Sofia Casa Editorial. Sobre tu relación con Sofia Casa Editorial, ¿el programa *La última página* se desprende de la editorial y de la Asociación de Estudios Humanísticos?

R: Sí. En realidad, eso es un efecto no buscado, pero en octubre del 2013 decidimos juntarnos unos 25 colegas de filosofía, literatura y de ciencias de la educación, para fundar la Asociación de Estudios Humanísticos. De 25 quedamos 7, y somos todos de lengua y literatura. Las actividades que hacíamos eran cine de debate, congresos, charlas, cursos, seminarios, todo lo que hace una asociación sin fines de lucro. Pesos, cero.

Un día, Sebastián me propuso lanzar un programa. Así le decíamos, un programa de TV en YouTube. Esto por el año 2018.

Nos dimos cuenta de que traccionaba mucho mucho interés. Entonces empezamos a promover actividades de la Asociación en el canal de YouTube.

Con *El hilo de Ariadna* y *Verso a verso*, todos los programas derivados que hay hoy dentro del canal fueron posteriores y forman esa parte de una organicidad del proyecto. Queremos que todos los miembros de la Asociación participen del canal de YouTube.

Además, tuvimos una revelación. Cada uno como profesor, cada vez que queríamos promover alguna idea o alguna cuestión, teníamos que buscar libros, cursos de mitología. Y uno de los miembros de la Asociación, el queridísimo amigo Nicolás Rosano, nos dijo: «¿Por qué no escriben un libro? De toda la parte legal de lo que es edición me encargo yo. Vamos a fundar un sello editorial». Y así nació Sofía Casa Editorial.

El primer libro que publicó fue *Cuando los dioses habitaban la tierra*, que es el libro que escribimos Sebastián y yo a partir de un curso de mitología griega y nórdica que dimos en el 2017. Después se publicó mi pequeño intento de estudio sobre Shakespeare, *Y todo el resto es silencio*, al que le tengo que dedicar una segunda edición corregida y aumentada, y ahí se abrió un mundo.

P: ¿Podríamos decir que Sofía Casa Editorial tiene una línea editorial como tal? Y también tienen ahora libros escolares, ¿puede ser?

R: Sí. La idea era hacer materiales para la secundaria, producidos por nosotros, y que pudiésemos distribuir entre nosotros. Así nació, *Cuando los dioses habitaban la tierra*, porque responde al diseño curricular de la provincia de Buenos Aires. Las cosmovisiones: la cosmovisión mítica, la cosmovisión trágica...

En mi caso escribí *Y todo el resto es silencio*, porque es la cosmovisión trágica isabelina. Después salió *Mientras los héroes están en escena*, que es la cosmovisión trágica griega. Después Sebastián agregó *El fulgor mítico* y *El sacrificio del héroe*, que originalmente habían sido publicados por otra editorial. De esos recuperamos los derechos y se reimprimieron en Sofía.

El espíritu de Sofía es transmitir material para los docentes que nosotros queremos. Qué tipo de docentes queremos que se formen, y con qué material queremos que trabajen. Son libros mayormente pensados en un doble código: accesible para el estudiante de secundaria, pero también con algún guiño y vuelta de tuerca para que el docente que esté a cargo de la ejecución de esa clase pueda ir a otras fuentes, ampliar, jugar con su propio bagaje cultural y literario, y complementar la propuesta que hacemos nosotros.

P: Eso va en la misma línea con esta idea que tienen ustedes de cómo deberían ser las clases como profesores de literatura. ¿Cómo es idealmente para vos una clase de literatura? Las dinámicas, las actividades..., ¿desde qué enfoque planteás vos las clases?

R: Yo me voy a sincerar: no tengo idea fáctica y empírica de cuál es la línea pedagógica imperante hoy en literatura. Hace tres años las conocía todas. Hoy, no sé, dejé de darle importancia a las líneas pedagógicas y didácticas. Lo que hago es elegir un corpus de textos sobre la temática que propone el diseño curricular.

El diseño curricular sostiene en cuarto año, en literatura, cosmovisión mítica, épica y trágica.

En quinto año, cosmovisión realista, fantástica, maravillosa, realismo mágico, ciencia ficción; sexto año, cosmovisión, la parodia.

Bueno, si me toca cuarto año, épico, trágico y mítico, es muy simple. Vamos a los clásicos. La *Iliada*, la *Odisea*, Sófocles, Eurípides, Esquilo, Hesíodo.

Yo trabajo hace muchos años en quinto año, cuyo tema es la cosmovisión realista, la cosmovisión fantástica, maravillosa. Y les doy *El Quijote*, les doy Edgar Allan Poe, les doy Shakespeare, por la idea de la presencia de los extraños. Trabajo mucho con invitar a reflexionar sobre los componentes de cada una de las cosmovisiones, entonces pensamos mucho qué se entiende, cómo se repone la realidad en literatura.

Avanzamos con Poe para el género fantástico. También trabajo mucho con Samantha Schweblin, para traer un poco a la literatura actual.

P: ¿Pero siempre pensando desde la trascendencia?

R: No, porque no toda literatura apela a la trascendencia, y la trascendencia es más que solo literatura.

Perdón por la autopercepción, pero a veces considero, porque puede ser la imagen que damos, que Porrini y yo solo leemos cosas que tengan alguna cuestión simbólica y que lleven a la trascendencia. No, no. A mí me encanta, por ejemplo, leer a Fontanarrosa, leer a Eduardo Sacheri. *La noche de la Usina* de Eduardo Sacheri me parece una novela fabulosa. Las primeras novelas de Claudia Piñeiro son excelentes. Entendemos que la literatura es anterior al concepto de trascendencia.

En *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, uno no va a encontrar un misterio iniciático hacia los misterios que van a restituir el sentido del alma humana. Es una mujer del siglo XIX que hace lo mismo que hacen todas las mujeres de su época, que es lamentarse por su estado aburrido, la burguesía, el uso de culpabilidad interior. Y, como no soporta la culpa, decide tomar una decisión definitiva, que es acabar con su vida. Es el mismo argumento que en *Ana Karenina*, de Tolstói. Entonces ¿es menos importante *Madame Bovary* que, no sé, la poesía de Hugo Mujica, que es un poeta que evidentemente busca la trascendencia? No, porque si no caeríamos en ese gran problema que es: si no cuadra dentro de mi visión, no es literatura.

Yo no tengo la potencia, yo no soy el vicario de la literatura en la tierra. Yo no puedo negar la existencia de muchísima literatura espectacular que no toca un ápice de tradición, ni de trascendencia.

La gran literatura argentina, la gran literatura argentina, no tiene una gota de esto. Borges, Cortázar, Roberto Arlt, Sábato, Juan José Saer... Yo las novelas de Saer las leo con placer y con deleite. La literatura también tiene esa ventaja de poder, como decía Ítalo Calvino, «de sacudirse el polvillo de la crítica».

P: Es importante la aclaración. Lo noto mucho. No sé si habrás visto que en redes hay muchos seguidores de ustedes, y a veces los veo demasiado radicalizados o fanatizados con la trascendencia.

R: Hay muchos cazadores de clips, de frases, sentencias. Lo dijimos una vez en *La última página*: lo peor que nos podría pasar como promotores de la lectura, como profesores de literatura, es que se queden con la superficie y no con la estructura profunda.

Nosotros venimos trabajando hace ocho años en *La última página*. Sebastián tiene más de treinta años en la docencia; yo, humildemente, estoy cumpliendo 17 años en la docencia.

Cuesta mucho trabajo, mucho tiempo, muchas horas de lectura, mucho golpearse la cabeza, mucho pensar, mucho estudiar para que la conclusión no sea agua de borraja y algo vacío de contenido.

Hay algo que dijo Sebastián De Caro hace no mucho tiempo, hay una tendencia muy contemporánea, un espíritu de estos tiempos. «La gente ya no lee, pero la gente quiere haber leído. Necesita confirmarse en la posición de haber leído».

P: Nosotros lo que queremos hacer un poco en *Migrante* es publicar en distintos números autores que no se están editando mucho. No necesariamente queremos decir: este es el canon. Buscamos proponer otras lecturas.

R: No está mal, para mí, que haya voces tutelares que ordenen. Ezequiel Martínez Estrada, Ricardo Rojas... ordenaron en un momento. El problema es cuando ese orden se quiere convertir en dogma. No se puede dogmatizar la literatura. La literatura no es un dogma.

El único dogma que existe es un dogma de fe, y para eso hay que ingresar en el mundo de la religión. Y para la religión hay que administrar lo sagrado y para eso hay que tener una mirada trascendente, y para eso existe la fe. Y ahí no digo pavadas. En teología y en religión no se dicen pavadas, hay dogmas.

En literatura tampoco se dicen pavadas, pero no se puede caer en el dogmatismo. Porque, insisto, si hay algo que la literatura supo hacer desde sus comienzos es salir de todo tipo de corset. *El Quijote* nos enseña eso. Cuando la forma de la novela de caballería llegó a un punto de asfixia, *El Quijote* vino a oxigenar. Y es la parodia.

Pasa lo mismo con la academia. Que me digas que con tus compañeros están buscando un proyecto de publicar autores no canónicos, es una forma también de darle el lugar que tiene a la buena literatura, que es justamente esa amplitud en la que encontramos cosas que por ahí, por diversas razones, los grandes canonistas dejaron afuera.

P: En la literatura argentina, saliendo del abc, ¿qué autores argentinos te gustaría o sentirías que sería interesante que se empiecen a leer más?

R: Como te mencionaba, que nosotros estábamos buscando y así. Yo le tengo mucha admiración a «Charlie» Feiling. Es un poco desparejo porque no pudo continuar escribiendo, ya que a los 36 años, merced a una leucemia, dejó este plano.

Me gusta mucho Cristian Acevedo, *Matilde debe morir*, la trilogía de Matilde, *Todas las vidas de Eva Ki*, *La ley primera*. Leandro Ayola me parece un autor que promete mucho. Bueno, Samantha Schweblin ya tiene consagración.

Hay muchos autores que se formaron en los talleres de Marcelo Di Marco. Es un tallerista que hace más de 30 años está formando escritores, y uno de ellos es Cristian Acevedo. Gustavo Rimoldi, otro novelista. Y seguramente debe haber una cantidad de autores que están escribiendo que, por impericia total mía, no conozco.

Me gusta mucho Leopoldo Brizuela. Marcelo Cohen, esos autores de otra escuela, que no están en el radar siempre. Debe haber muchísima literatura fuera de Buenos Aires, porque ese es otro problema con la literatura argentina, ¿no? Parece ser que Argentina es Buenos Aires, el gran Buenos Aires.

P: Tengo una última pregunta. Ágora, la casa de estudios clásicos. ¿cómo fue fundada?

R: Ágora es un proyecto de Yesica Grillo, mi novia. Ella es profesora de filosofía, trabaja en el ámbito de la gestión pública. Tiene un espíritu muy emprendedor, muy entusiasta y muy aguerrido para revitalizar los pilares de la cultura occidental. Y hace varios años que tenía el proyecto de crear un centro cultural, una especie de cafetería Clásica y Moderna, pero en el conurbano. En agosto salió a la luz Ágora, que está ubicada en la ciudad de Bella Vista, en la calle Aconquija, cerca de la vieja capilla del colegio Don Jaime, a tres cuadras de la estación de la línea San Martín.

Lo que hacemos allí es promover actividades culturales, formativas, estéticas que tengan que ver con la revitalización de los grandes pilares de la cultura clásica. Pintura, grabado, dibujo, acuarela, iconografía, mitología griega... Sebastián Porrini está enseñando griego. Hay otro profe, Cristóbal, que da latín. Tenemos cursos de retórica, de arte renacentista y barroco, un taller de poesía, otro de escritura creativa.

Ágora es un proyecto totalmente autogestionado. Un centro cultural, donde pueden venir a compartir un espacio. Hay una biblioteca muy linda, con un living, en el que uno se puede aislar un poquito del mundanal

ruido, conocer gente del ámbito, que le guste la filosofía, la literatura, el cine, las artes... Significa generar, también, un espacio de encuentro y de intercambio.

Reseña. *El mal menor*, de C. E. Feiling

Editorial: La bestia equilátera

Escrita por Eugenia Luz Moreno.

Después de leer *El mal menor* podría tenerse una de esas pesadillas que dejan una sensación perturbadora en todo el cuerpo y que hacen preguntarse qué de todo lo leído provocó tanto estupor y sorpresa.

Cuando se empieza una novela de terror, uno espera encontrarse algunos motivos comunes del género, como la sangre, el misterio, las visiones y los diálogos con muertos, pero para nada cree que está a punto de introducirse en una trama fascinante que reúne desde las emociones, los sentimientos y los miedos, sobre todo los miedos, de una protagonista que adoraremos a pesar de (o gracias a) su infantil malicia y sus vicios, hasta posturas políticas y sociales que por momentos invaden la trama, la detienen, para obligarnos a reflexionar en cuestiones de incidencia actual.

Entre juegos con los sentidos perfectamente logrados que ponen al lector en constante alarma, descripciones interesantísimas de la querida Buenos Aires, sueños que quieren devorar la realidad con sus garras de espanto, soñadores que deben salvar el mundo y reflejos en los espejos que parecen ser algo más, C. E.

Feiling nos lleva de la mano en una historia en que el espanto y la tragedia están a la orden del día, susurrándonos al oído sobre la importancia de tomarse en serio el poder cuando se quiere proteger al mundo.

Esta historia no es solo misterio y manchas sanguinolentas, sino que trabaja desde una complejidad en el desarrollo emotivo de cada uno de los personajes y hechos, y con ello hace que sea imposible no sentir empatía e interés por ellos.

Por otro lado, el autor nunca nos priva de inusitados, necesarios momentos cómicos que nos dan un respiro entre las desgracias y traiciones de las que son víctimas los soñadores y guardianes del sueño.

Mientras terribles pesadillas invaden la vigilia, nuestros arcontes tendrán que aprender a protegerse a sí mismos, a sus seres queridos y al mundo entero. Desde entonces, no faltarán los pasajes que quizás no conviene leer antes de dormir.

«La vida es sueño —dijo un día Calderón de la Barca— y los sueños, sueños son», nada más que sueños. Pero siempre puede aparecer la duda, ¿nada más?

Eugenia Luz Moreno

Biografía

Nació en el año 2006. Estudia Letras en la UBA. En el 2023 publicó un compilado de relatos, *Los trece miedos*. Actualmente, participa como actriz de la obra *Invocación* y prepara un poemario a publicar. Tiene una cuenta en Instagram, @luz_autora

Reseña. *Las esferas invisibles*, de Diego Muzzio

Editorial: Entropía

Escrita por Viviana Nomberto Huamán.

Las esferas invisibles (2015) de Diego Muzzio reúne tres *nouvelles* que toman lugar en la epidemia de fiebre amarilla de 1871, que sembró terror y disminuyó a toda velocidad la población de una colapsada Buenos Aires. Cadáveres que inundan las calles, entierros de personas vivas a causa de la desesperación, saqueos y asesinatos a la orden del día.

En *El intercesor*, un joven sacerdote realiza incansablemente la unción a los enfermos, hasta que una noche escucha la historia de un anciano que solo se vuelve más y más perturbadora. En ella intervienen tópicos recurrentes de los textos fundacionales de la literatura nacional: el terror del rosismo, la pampa inhóspita que trastorna los caracteres de quienes la habitan, la amenaza latente del salvaje indio. Sin embargo, la tradición se mezcla aquí con lo sobrenatural. Intervienen la magia negra, lo diabólico y personajes adversos que inspiran temor y misterio.

El ataúd de ébano nos presenta la historia de dos desertores que, ante la escasez de ataúdes producto de la epidemia, emprenden un particular negocio para subsistir: se convierten en saqueadores de tumbas. Una noche, caen bajo la influencia de una niña espectral que les hará expiar sus culpas. La presencia que los persigue es la representación de sus faltas y la sangre derramada que no puede quedar impune.

Por último, en *La ruta de la mangosta*, un joven que busca escapar de una vida monótona se encuentra con un anuncio en *La Nación* donde se busca un aprendiz de fotografía. Su nuevo trabajo consistirá en borrar la muerte de los rostros de los cadáveres para poder immortalizarlos. En el camino descubrirá siniestros secretos y luchará por dilatar su vida ante la inminencia de la muerte.

En los tres relatos, los giros que toma la narración están realizados con una fina destreza que logra explotar el horror de la mente y de los sentidos. Con una escritura envolvente, se describen realidades intercambiables por pesadillas terribles; los protagonistas se enfrentan a la locura, la culpa, la desesperación, lo trascendental y lo incomprensible, que, como anticipa el epígrafe tomado de *Moby Dick*, son las esferas invisibles que nos acechan y habitan entre nosotros.

Biografía

Viviana Nomberto Huamán

Nació el 11 de septiembre de 2001 en Chiclayo, Perú. Actualmente es estudiante de Letras en la Universidad Nacional de La Plata. Comparte sus lecturas y escribe sobre libros que la apasionan en su cuenta de reseñas literarias @prosaenescarlata (Instagram).

Reseña de una película. *El escuerzo*, de Augusto Sinay

Escrito por Nahuel Arturo.

Tenemos una historia tan rica y tanta mitología en nuestro país como desinterés por ella. Desde allí, la propuesta de *El escuerzo* resulta convocante: un sapo desagradable a la vista, intimidante, capaz de maldecir a quien ose faltarle el respeto. La película de Augusto Sinay trabaja con ese mito local y lo convierte en el núcleo de un relato que oscila entre lo fantástico y lo trágico, y que decanta en una aguda mirada política y espiritual de Argentina.

El mal se filtra a través de la ignorancia y la falta de guías que transmitan la tradición a las nuevas generaciones. Es un planteo que conecta con la fenomenología de la iniciación descrita por Mircea Eliade en *Lo sagrado y lo profano*. Allí, la iniciación se entiende como una triple revelación —lo sagrado, la muerte y la sexualidad— que requiere, en la mayoría de los casos, de un maestro que introduzca al neófito en el misterio. Cuando ese guía falta, el tránsito queda trunco: el sujeto muere simbólicamente pero no renace. Eso es lo que le ocurre al protagonista.

Venancio es un chico sin padre, con un hermano obligado a luchar en la Guerra de la Triple Alianza y una madre castradora. Carece de los conocimientos necesarios para afrontar su pasaje a la adultez. No respeta a los animales, desconoce la maldición del escuerzo e ignora la carga simbólica de la cruz que todos los miembros de su familia llevan consigo. Vive la sexualidad como un juego y se acerca a las mujeres con timidez, como se muestra en su vínculo con Catalina. En definitiva, permanece en estado infantil. A nivel arquetípico, equivale a la imposibilidad de atravesar la muerte iniciática que permitiría un renacimiento espiritual. Queda suspendido en una etapa intermedia donde no es un nene, pero tampoco un hombre.

Cuando declara «no soy nada» ante la pregunta de quién es y cuál es su oficio, Venancio revela su vacío. Es el hombre natural que, según Eliade, nunca accede a lo sagrado, que está condenado a permanecer fuera de todo horizonte de sentido. En vez de iniciado, se convierte en recipiente hueco, presa del mal. Por eso es engañado por los cuatrerros, ataca al cura —a pesar de ser advertido momentos antes de no dejarse engañar por el mal— y por eso cae ante la tentación del escuerzo.

El rito de iniciación trunco se deja ver en su descenso y perdición en la cueva. En la tradición mítica, la cueva simboliza un lugar de disolución desde el cual puede renacer la vida. Según Joseph Campbell, tras la muerte simbólica el héroe suele necesitar mediación para regresar transformado al mundo. Venancio, en cambio, rechaza a sus posibles guías —su madre, el cura, el desertor, la chamana—, desestima sus advertencias, las toma como simples locuras; permanece atrapado en su individualidad y descreimiento de cualquier orden que supere al hombre. Solo cree en lo que ve y oye; esto lo condena ante el escuerzo. Incluso cuando amaga a tomar el control a la fuerza, lo único que encuentra es mayor locura. Entonces la

cueva no engendra renacimiento sino que se convierte en tumba de disolución. En lugar de muerte seguida de renacimiento, Venancio encuentra hundimiento sin retorno.

La desacralización que encarna Venancio no se limita a lo personal, también se proyecta en lo político. Quienes dicen defender la patria bajo el símbolo del escudo nacional son los mismos que secuestran y obligan a los marginados a pelear en una guerra para la que no están preparados. La cruz de la familia de Venancio condensa esta fractura. Para Eliade, el símbolo es lo que conecta con lo sagrado y permite atravesar la muerte iniciática; para Venancio, la cruz ya no es signo de fe, sino un mero índice de la ausencia de su hermano. Por eso su reencuentro está condenado de antemano. El rito no llega a consumarse, tampoco la cruz alcanza a operar como signo fecundo.

El peligro del escuerzo funciona, entonces, en dos niveles. Como figura terrorífica, advertencia de un peligro que nos excede y como parábola que revela la tragedia de una comunidad desconectada de sus símbolos y su historia. La patria, convertida en concepto muerto, ya no ordena; se parece a la cruz de Venancio, un simple índice despojado de sentido. El resultado de una nación destradicionalizada, huérfana y en proceso de desacralización, confluye en la imposibilidad de maduración de sus jóvenes. Una nación en que la patria se vuelve un espejismo, donde el significado de dicha palabra se pierde en las sombras de la noche. Venancio encarna esto, un niño sin maestro que se hunde en la cueva de su individualidad. Y el país, sin guías verdaderos, queda atrapado en un limbo histórico, condenado a repetir la experiencia de un rito que nunca se cumple. Quedamos a merced de nuestros propios escuerzos.

Ficha técnica de la película

Título: El escuerzo

Dirección: Augusto Sinay

Año: 2024

País: Argentina

Duración: 94 min.

Género: Drama, terror, ficción

Nahuel Arturo

Biografía

Nació un 19 de diciembre, en el oeste bonaerense. Estudió Comunicación Social en la Universidad Nacional de Moreno. Es periodista de BAE Negocios y escribe sobre cine para distintos medios.

Novedades editoriales de julio, agosto y septiembre 2025

Los nuevos, de Pedro Mairal. Emecé.

Un largo camino, de Abdulrazak Gurnah. Salamandra.

Una vida, de Guy de Maupassant. Alba editorial.

Los diarios de Emilio Renzi: Años de formación I | Los años felices II | Un día en la vida III (Compendium), de Ricardo Piglia. Anagrama.

Vaim, de Jon Fosse, Penguin Random House.

Prófugos, de Edgardo Cozarinsky. Acantilado.

Migrante

Somos hijos de nuestra tierra, un gran pueblo de migrantes, y algo en nuestro instinto nos pide dialogar con todos los rincones del mundo; para hacerlo debimos elegir un lenguaje.

Los combatientes y los resignados, los que vinieron y los expulsados, los cosmopolitas y los más soberanistas; todos ellos, en tanto argentinos, para explicarse muchas veces optaron por los géneros literarios: el ensayo, el cuento, la poesía, la novela.

Al voltearnos y buscar en nuestra tradición, supimos que nuestro lenguaje sería el de las letras.

Nuestra misión son esas letras. Creemos que honrar la literatura nacional —pensarla y trabajarla dedicadamente para llevarla al puerto que le es propio y que merece— es afinar nuestra forma de comunicarnos con el mundo y perseverar en nuestro espíritu.